

1

EL MAYOR TESORO

Acerca de la amistad se han escrito cosas maravillosas, elevadísimas elucubraciones sobre la belleza y bondad de este vínculo, pero nada que en último término explique la gama de sentimientos ni la vivencia personal que supone tener un amigo en este mundo; saber que se puede contar con un alma gemela, que incluso en la desgracia, la calumnia y el infortunio, estará de nuestro lado.

Sería un despropósito intentar decir algo nuevo o aportar una idea novel sobre este vínculo. Creo sinceramente que todo está ya dicho, y muy bien dicho, en los clásicos y que lo más sensato que podría hacer el lector sería cerrar este libro y releer a aquellos, familiarizándose con los textos de Platón, Aristóteles, Séneca o Marco Aurelio y meditándolos con cuidado.

Bastaría con que fuésemos capaces de integrar en nuestras mentes algunas de sus máximas, para

gestionar con inteligencia y sabiduría nuestras amistades. En este sentido, el texto presente no tiene otra pretensión que la de ser un buen prólogo, o en el mejor de los casos un buen pretexto para leer a aquellos a quienes vale realmente la pena leer.

Arthur Schopenhauer está en lo cierto cuando afirma que lo más relevante no es leer sino saber releer. No se trata de leer mucho, ni de devorarlo todo, puesto que, aunque nos lo propongamos, esto está fuera del alcance humano. La lectura es un desplazamiento horizontal de la vista, pero la relectura penetra en el alma, dejando un rastro en ella; al releer, los pensamientos excavan un surco en la memoria.

Sería imprudente e incluso temerario intentar encontrarle alguna novedad a este vínculo, algún aspecto soterrado que ninguna de estas preclaras mentes de la historia del pensamiento no haya descrito ya con detalle. La amistad adquiere formas diferentes y se articula con nuevos lenguajes, pero tiene un sustrato que permanece inalterable.

El modo con que nuestros abuelos trataban a sus amigos, muy probablemente era distinto a la manera cómo los jóvenes de hoy viven la amistad, pero en determinados momentos aparece el mismo punto esencial, idéntica fuerza del concepto. Los hombres

nacen, crecen y mueren; las generaciones pasan, los imperios ascienden y caen, pero la amistad se recrea continuamente a lo largo de la historia; el mismo vínculo renace de nuevo, repitiendo idénticas constantes.

Si un escritor contemporáneo al diseccionar la amistad cometiese la pueril ingenuidad de creerse sabedor de algo nuevo, al lector sagaz no le costaría mucho hallar esa supuesta perla en algún texto clásico de la Antigüedad o en las milenarias sabidurías de Oriente.

Por lo tanto, no se trata de ser original, perseguir una idea nueva o presentar un concepto viejo como si no lo fuera. Algo muy frecuente en los tiempos que corremos, permitido sobre todo por la amnesia que nos aqueja. Si fuéramos conscientes de la inmensa riqueza de pensamiento del pasado, nos daríamos cuenta de que la inmensa mayoría de textos escritos hoy día sobre el amor, la amistad, el odio, la felicidad, la libertad, el sexo, la paz o la fraternidad no aportan nada fundamental o nuevo. Todo se ha dicho, pero hemos olvidado qué se dijo, cuándo y con qué motivo, y quién lo hizo.

Esta inmemorial sabiduría subsiste bajo el polvo. Pensamos que hemos descubierto algo nuevo,

pero sólo nuestra ignorancia hace que lo creamos. Lo más sensato es desempolvar los clásicos, insuflar vida en sus pensamientos e inyectarlos en nuestro tiempo, reacio a discurrir y a cualquier cosa que no sea consumir y volver a consumir.

Todos los grandes sabios se han referido a la amistad. Todos han dedicado esfuerzo a dilucidar las raíces de esta relación. Es un foco de atención multicultural, trans-histórico e interreligioso, puesto que la amistad no es propia de un solo tiempo histórico, ámbito cultural o esfera religiosa. Los seres humanos traban amistad. No son amigos inmediatamente, pero disfrutan del potencial de amistad. Que no es un destino prefijado ni una determinación divina. Es algo que nace de una afinidad emocional, muy íntima, que se experimenta como una llamada interior. En las entrañas de la amistad hay una vocación a religarse, a vincularse con un ser humano concreto y único.

Allí donde hay hombres, nace la amistad, aunque en cada ámbito cultural ésta adopta unas expresiones, rituales y denominaciones diferentes o, como mínimo, no exactamente idénticas. La amistad se dice de muchas maneras, pero no es equívoca. Los deberes de la amistad varían según los contextos y

épocas, pero hay unos compromisos fundamentales que se reproducen sistemáticamente. Ser amigo de alguien implica sufrir y reír con él, llorar cuando él llora, gozar cuando él lo hace, visitarlo cuando está enfermo, ayudarlo cuando lo azota la desgracia, consolarlo si la pena se instala en su corazón. ¿Quién merecería el calificativo de amigo, si descuidase estos deberes básicos?

Los grandes pensadores nos han legado máximas muy valiosas, luminosas sentencias, con tanta fuerza y autoridad en sí mismas que, sin ser lemas publicitarios, se han inscrito en la mente humana. La verdad no se impone a través del grito o la reiteración. Penetra suavemente en el espíritu en el momento en que la mente se libera de prejuicios e ideas hechas y escucha atentamente la sabiduría escrita en los libros.

En los cuatro puntos cardinales, todos los sabios han dejado escritas gemas sobre la inmaterial riqueza de la amistad y la manera de conservarla toda la vida. La han relacionado estrechamente con la felicidad o el bienestar emocional, social y espiritual. La amistad no es un bien consumible, ni se puede adquirir como si fuera un objeto. Es una relación y como toda relación exige necesariamente alteridad, apertura, permeabilidad y, sobre todo, deseo. Algo

que ni se compra ni se vende. Es un ingrediente fundamental para la felicidad, un bien intangible que deleita el alma cuando ocurre.

Contrariamente a todo cuanto se afirma frecuentemente, el camino hacia la felicidad personal no es una senda solitaria; una especie de pugna individual contra un cúmulo de contrariedades. Es un recorrido por el diálogo que exige imprescindiblemente la apertura a los demás, la vinculación afectiva y efectiva, la relación confidente e íntima que no esconde secreto alguno y que busca por encima de todo el bien del otro. La amistad es relación; de ningún modo, un obstáculo a la libertad. Ser amigo de alguien es una decisión libre, jamás podrá ser el fruto de una coacción. Como todo acto libre, la amistad lleva asociadas unas exigencias, unas obligaciones que el amigo asume de buen grado y con plena consciencia.

Demasiado a menudo se afirma que la libertad es la soledad, la independencia y autosuficiencia total. Nada es más falso. Cuando estamos solos nos sentimos libres porque nadie coarta nuestros movimientos, pero la soledad no se contrapone a la amistad. Los buenos amigos saben cuándo tenemos que estar solos y cuándo deben acompañarnos. Un amigo jamás invadirá sin permiso nuestra soledad. Sabrá

respetarla y protegerla como si de un valioso tesoro se tratara, puesto que así es en realidad. El amigo sólo se inmiscuye en el espacio personal cuando se le ha solicitado repetidamente que lo haga.

La libertad no es la independencia ni, menos aún, la total autonomía; es donarse a los demás, deshacerse del egoísmo y del amor propio, romper las barreras que impiden dar lo mejor de uno mismo. En este sentido, librarse al amigo es un ejercicio de libertad; es romper la burbuja del egoísmo para escuchar las necesidades del otro. Darse es el don en estado puro, la expresión máxima de libertad.

La amistad no es una garantía, un seguro de vida, un contrato civil o una relación mercantil. En un mundo donde se tiende a formalizar cualquier relación a través de documentos o consentimientos informados, la amistad es una rareza. Es, ciertamente, consentimiento mutuo, pero también aquiescencia oral que no necesita ser escriturada ante notario. Los amigos trenzan lentamente la relación y ambos son responsables de la calidad del vínculo que establecen y el curso que toma.

Como todo lazo humano, es una unión frágil e inestable, una relación entre un “yo” dispuesto a ser un “yo” y un “tú” determinado a continuar siendo

un “tú”, pero un “yo” que se muestra permeable y dúctil y un “tú” que se revela receptivo y amable. La amistad requiere una alternancia de roles: la manifestación y la recepción deben ser mutuas. A veces hay que adoptar el papel receptor, porque el otro tiene mucho que decirnos y necesita un repositorio para todo lo que lleva dentro. En cambio, en otros momentos sentimos la necesidad de manifestarnos y valoramos la capacidad de escucha de los amigos; una escucha franca y abierta, sin juicios.

La amistad es un vínculo entre dos, pero sin carácter excluyente. En la realidad se tiene simultáneamente más de un amigo, pero con cada uno de ellos se establece un vínculo y una relación diferentes. Hay temas que no acostumbramos a tratar con algunos y que guardamos para otros.

La amistad jamás es posesiva ni degenera en un vínculo absorbente. Alguien que intenta limitar nuestra relación con los demás o que se siente suspicaz ante otras relaciones, no puede ser un buen amigo; un amigo jamás puede ser una cadena, deberá ser siempre una fuente de libertad. Los amigos que aprisionan llevan fecha de caducidad, puesto que por naturaleza todos huimos de las cárceles emocionales.

La persona que ama con amor posesivo, como dice C. S. Lewis, pretende “imponer permanentemente su propio ser a la individualidad aplastada del más débil.”¹ No quiere desinteresadamente a la otra persona. Incluso si a este deseo lo denomina “amor”, no lo es en realidad, porque es una voluntad de poder. Podría llegarse a decir que se acaba considerando al ser querido como un alimento. Desea absorber su voluntad y así fortalecer su propia personalidad.

El amor posesivo se puede representar recurriendo a la imagen de una succión. El más fuerte devora la voluntad y la libertad del más débil. “Ser implica competir.”²

Si el “yo” no puede crecer ni desarrollar sus capacidades personales a causa del vínculo con el “tú”, nos encontramos ante una falsa amistad. En su sentido más genuino, la amistad únicamente puede comportar el mutuo crecimiento de ambos amigos, una mejora en todos los ámbitos. Un vínculo que humille, veje o escarnezca jamás podrá calificarse de

1. C. S. LEWIS, *Cartas del diablo a su sobrino*, Rialp, Madrid, 1998.

2. M. T. CICERÓN, *Lelio, acerca de la amistad*, Universidad Nacional Autónoma, México, 1986.

amistad, puesto que en la amistad no hay una relación de poder, fuerza o sumisión, sino de confianza, entendimiento y buena predisposición. Los amigos se tratan como iguales, aunque tengan funciones y rangos sociales distintos. Se tratan con naturalidad, sin las rigideces propias de los protocolos y pompas mundanas.

La amistad no puede ser nunca un sentimiento íntimo, no puede reducirse a una relación genérica que establezcamos con los demás en nuestro fuero interno. Es verdadera cuando se encarna, realizándose materialmente y convirtiéndose en una relación viva. En este sentido, no puede ser únicamente intención de respeto o amor hacia las personas que tenemos a nuestro alrededor o al género humano como tal. La verdadera amistad está llamada a expresarse, volcarse, orientar la vida de uno hacia el amigo, esté donde esté.

La amistad únicamente puede aportar el bien, tanto para el “yo” como para el “tú”. El bien es el centro de la amistad, el foco de atracción. Bien, verdad, belleza y unidad son los cuatro rasgos esenciales de la amistad. Si falta una de estas categorías, la amistad languidece, puesto que sin veracidad, belleza y unidad emocional entre los amigos, no pue-

de prosperar. Evidentemente, no siempre es posible discernir cuál es el bien del amigo, qué es lo que le ayudará más, pero la intencionalidad del bien está siempre presupuesta en la amistad.

Por esto, santo Tomás, siguiendo la argumentación de Aristóteles, define la amistad como una relación de mutua benevolencia. Los amigos buscan mutuamente el bien del otro, aunque no siempre se concrete en el acto. Aunque se presuponga la voluntad del bien, ésta no basta para plasmarlo en la realidad. Sospechar de la intención ya es una expresión de pérdida de la confianza y, por lo tanto, de la amistad.

El amor amistoso es esencialmente mutuo. En la amistad siempre se requiere correspondencia, aunque el grado de amor entre las dos personas no sea el mismo exactamente y pueda haber una cierta descompensación. Igual que en el amor de donación, en la amistad, que es benevolencia mutua, pueden darse sendas intensidades.

Además de la benevolencia y la reciprocidad, la amistad debe tener otra calidad esencial: la unión afectuosa. En una verdadera amistad, la persona querida es percibida como otro “yo”, como la propia persona de uno. La persona que ama así se transforma emocionalmente en la persona amada. Las

personas que se quieren de esta manera están unidas en un único ser afectivo, aunque en la realidad efectivamente sean distintas y conserven, cada una, su propio ser.

En esta recíproca donación, los amigos intercambian los pensamientos, voluntades y afectos que pertenecen a su propia intimidad personal y que son cuanto mejor poseen. El amor de donación respeta y exige la libertad personal. Únicamente quienes buscan poseer se encuentran vacíos y ansiosos por llenarse. Lo que más desean es absorber a los demás seres en su interior. Pero el que en su vida interior está lleno de pensamientos y recuerdos, de sentimientos y vivencias, desea darlos altruistamente al amigo.

El amor amistoso es mutua complacencia. Es como un recíproco impulso a dar el bien. Se da sin esperar retribución, como una entrega gratuita. Lo damos al amigo porque queremos que comparta con nosotros este bien. En definitiva, el amor amistoso es realmente unión y pulsión de dádiva; una fuerza que introduce a la persona amante en el interior de la persona amada, induciéndola a salir de sí misma.

Hacer el bien al amigo no sólo genera fruición y gozo en el receptor, sino asimismo a quien se lo hace. El bien del amigo no se consigue únicamente

haciéndolo gozar y proporcionándole placer, sino contribuyendo a su perfeccionamiento espiritual. Muchas amistades se rompen porque un amigo proyecta sobre el otro unas expectativas de bienestar y felicidad que no son las que éste desea en realidad. Hacer el bien al amigo no es imponerle la idea propia del don, ni transformarlo en una comparsa de los planes vitales de uno. Es desear que sea él mismo, que tenga su propia vocación y su propio proyecto vital; por esto el respeto no es únicamente una exigencia de libertad, sino de autenticidad en las relaciones humanas.

En la amistad, el “yo” está dispuesto a albergar y recibir en su morada más íntima de su ser al “tú”. Recibir al otro en la casa de uno es siempre arriesgado porque sólo disponemos de una morada y nos hace falta estar seguros de que no la alterará, que será discreto y que no va a esparcir a los cuatro vientos lo que encuentre en su interior. En el “tú” del amigo hay mucho de nuestro “yo”, y mucho del “tú” en el propio “yo”.

El “yo” jamás es una cápsula herméticamente separada de los demás. Es una construcción histórica, una elaboración temporal donde el “tú” del amigo queda incrustado; no como el líquen se adhiere a la

roca, sino formando parte del ser íntimo. Un amigo está presente por muy lejos que se encuentre, puesto que mora en nuestro interior. Olvidarlo equivaldría a borrar de la memoria una parte del “yo”.

La amistad deja huella, penetra hasta el fondo del alma. No es algo que deba incomodar a nadie, como tampoco hay que pretender que uno es impermeable a la influencia de los demás. Al fin y al cabo, la identidad personal se construye a través de un rosario de encuentros, lecturas y experiencias vitales que van conformando a la persona haciéndola tal como es. Somos el rastro que los demás dejan en nuestro ser, del mismo modo que nosotros dejamos vestigio en nuestros congéneres. El ser humano, lo quiera o no, es un ser que deja marcas.

Ciertamente, disponer de un vínculo como la amistad es un bien inmenso, un don sin parangón. Los amigos, para Cicerón, son “el mensaje más adecuado y hermoso para la vida”, en contraposición a quienes ponen su afán en la posesión de caballos, ropa bonita o vasos preciosos. Añade que “una vida sin el amor y la benevolencia del otro, pierde todo su encanto.”³

3. M. T. CICERÓN, *ibídem.*